

# Guerra, antropología y conciencia social en Colombia<sup>1,2</sup>

MYRIAM JIMENO

PROFESORA EMÉRITA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA  
BOGOTÁ, COLOMBIA

CORREOS ELECTRÓNICOS: [msjimeno@unal.edu.co](mailto:msjimeno@unal.edu.co); [mjimeno@gmail.com](mailto:mjimeno@gmail.com)

Página web: <http://www.myriamjimeno.com>

¿Qué hubiera sido de la antropología si la primera gran guerra europea no hubiera desaparecido a los mejores alumnos de Émile Durkheim y dejado una huella traumática en Marcel Mauss? La pregunta no tiene una respuesta cierta, pero coloca el tema en el lugar que quiero explorar: justo el punto en el que la condición vivencial del antropólogo —estar vivos y sanos— y el quehacer del antropólogo se interceptan y condicionan entre sí.

En las guerras o en las confrontaciones violentas próximas al antropólogo la condición vivencial se desdobra también en los apegos primordiales, para usar esa conocida expresión: lealtad. ¿Con quién? ¿Y si los contendientes se confunden o si unos y otros nos repugnan con sus atrocidades y arbitrariedades? ¿O si no aceptamos el uso de la violencia como medio de dirimir los conflictos? Con estas preguntas, tan básicas como complejas, intentaré responder a los interrogantes sobre el impacto de la guerra sobre la antropología en Colombia y también lo inverso, la marca de la antropología en la guerra.

---

<sup>1</sup> En este artículo se cita y referencia con las Normas APA.

<sup>2</sup> Este trabajo se presentó inicialmente en el Foro Central “Guerra y Academia”, del V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología (ALA) y el XVI Congreso de Antropología de Colombia, realizado el 7 de junio del 2017, en la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Participaron en el foro, además, la profesora Rita Laura Segato y el profesor Alejandro Castillejo.

Voy a dejar de lado los casos extremos en los que el antropólogo muere a manos de un grupo armado o en los que el antropólogo ya deja de serlo para volverse combatiente y sólo los menciono brevemente. En el primer caso nuestro colega Hernán Henao, profesor de la Universidad de Antioquia, fue asesinado en 1998 en su propia oficina por un comando que al parecer seguía órdenes de Carlos Castaño. ¿La razón fue su trabajo sobre el manejo de tierras en Urabá o una supuesta confusión con otra persona? Aún no se esclarece este hecho que hasta hoy lamentamos profundamente.

Otros en cambio optaron por hacerse combatientes como los bien conocidos Alfonso Cano en las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y Luis Otero, María Eugenia Vásquez<sup>3</sup> y Vera Grabe en el M19, todos estudiantes de antropología de la Universidad Nacional. Sus casos recuerdan el relato del peruano Lurgio Gavilán como miembro de Sendero Luminoso primero, luego como soldado en el Ejército peruano y, finalmente, antropólogo.<sup>4</sup>

Pero mi propuesta apunta en otra dirección, hacia el quehacer mismo de la antropología, que en Colombia sufrió cambios a todos los niveles: en la manera de hacer campo, en la forma de relacionarse con los sujetos de investigación, y por supuesto, en el tema de la violencia, que se nos volvió reiterativo hasta la obsesión. *Violentología* es el término que designa un dilatado campo de las ciencias sociales y la antropología en Colombia. Como obsesión, nos condiciona y limita pero también nos incita y alienta a abrir nuevas posibilidades y a encararlas con especial pasión. Mi propuesta es que con el conflicto interno se ponen en tensión las lealtades primordiales y los antropólogos deben optar. Huir o ignorar son siempre opciones. Pero es ineludible resolver la dualidad entre el conocimiento de un proceso o un pueblo, la necesaria inmersión personal, y el entorno de conflicto.

Continúo pensando que en el caso del conflicto armado o la guerra nos es útil el concepto de *investigador ciudadano*, ya no

---

<sup>3</sup> María Eugenia Vásquez, *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia* (Bogotá: Ministerio de Cultura, 1998).

<sup>4</sup> Lurgio Gavilán, *Memorias de un soldado desconocido* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos IEP, 2012).

solo como marca de estilo de la antropología hecha en América Latina.<sup>5</sup> Nuestra condición, argumento, es cabalgar incómodos entre la disciplina como cuadro universal y los compromisos y las preocupaciones propias de nuestro entorno particular como ciudadanos. El *compromiso* con las condiciones sociales nos importa y nos interpela a la gran mayoría de nosotros en nuestra práctica profesional y por supuesto, también nos limita y hasta encierra en los círculos de la militancia y el activismo. Pero su contribución es que el acercamiento íntimo que es propio del trabajo etnográfico se transforme en complicidad<sup>6</sup> con los sujetos de estudio y esa complicidad puede producir frutos que la sociedad entera puede saborear. El *investigador ciudadano*<sup>7</sup>, aquel que trata de conjugar su condición de trabajador del conocimiento con sus preocupaciones como sujeto situado y miembro de una sociedad particular, se hace ver en todos los antropólogos que han buscado documentar y entender el conflicto desde el punto de vista de quienes lo han sufrido. Su medio de expresión y su tono privilegiado es la narrativa testimonial. No se trata simplemente de la idea general de rescatar la voz de los propios sujetos de estudio que toma fuerza en la antropología mundial. Más bien se trata de revivificar una tradición intelectual, literaria, con arraigo en América Latina, que acude a la crónica y la literatura testimonial para crear una narrativa que da visibilidad a las víctimas de injusticia social o el conflicto.

La creación narrativa que alienta el antropólogo con sus preguntas y su complicidad proporciona a las propias víctimas herramientas para hacer memoria de los despojos y, sobre todo, hace posible proyectar los relatos hacia la sociedad entera. El relato se extiende hasta llegar a los que han visto el conflicto desde la televisión o lo escuchan como eco distante en Colombia o fuera de ella.

---

<sup>5</sup> Myriam Jimeno, "Citizens and Anthropologist", en *Companion to Latin American Anthropologist*, ed. Deborah Poole (London: Blackwell, 2008), 72-89.

<sup>6</sup> George E. Marcus, "The Uses of Complicity in the Changing Mise-en-Scène of Anthropological Fieldwork *Representations*", en *Special Issue: The Fate of "Culture": Geertz and Beyond*, ed. Sherry B Ortner (Berkeley, University of California Press, 1997), 85-108.

<sup>7</sup> Myriam Jimeno, "Citizens and Anthropologist", en *Companion to Latin American Anthropologist*, ed. Deborah Poole (London: Blackwell, 2008), 72-89.

El trabajo de movilización, organización y denuncia, el señalamiento de los perpetradores y sus aliados, los reclamos de verdad y justicia, su desenvolvimiento legal como en la Ley de Víctimas, el despliegue institucional de reparación y justicia, son ya ganancias del movimiento de víctimas en Colombia. ¿Cuántos antropólogos colombianos han animado esa presencia, por lo menos desde la pasada década? ¿Cuántos han puesto su capacidad como funcionarios, su disposición de escucha y escritura para animar la creación de una nueva conciencia social basada en lazos de identidad emocional, que repudie la violencia como arma de sometimiento? Diría yo que son incontables.

### LA GUERRA Y LA ANTROPOLOGÍA

Michael Gilson,<sup>8</sup> uno de los antropólogos que ha trabajado con gran delicadeza y profundidad el tema de la guerra y la violencia en Líbano, ofrece una respuesta oblicua a la pregunta inicial sobre Durkheim y Mauss. Dice Gilson<sup>9</sup> que la guerra ayudó de manera poderosa a conformar la conciencia colectiva y las representaciones europeas –ambos conceptos forjados precisamente por estos pensadores– para responder a la pregunta de qué sostiene a la llamada “sociedad” en la era del capitalismo y la modernidad. Si ya no compartimos lo sagrado ni el don, tampoco los valores comunes o la antigua división del trabajo, ¿que une? Es bien conocida la respuesta de Durkheim. Pero Gilson va más allá y propone que la conciencia y las representaciones, el sentido de lugar y los paisajes, nuestro sentido temporal de la historia, de identidad en comunidad, las poderosas emociones de compromiso, las imágenes, monumentos, objetos, medios de comunicación, las memorias dolorosas o heroicas, deben mucho a experiencias directas de violencia. Nos recuerda Gilson que el Estado moderno se forja sobre el control y la administración de la

---

<sup>8</sup> Michael Gilson, *Lords of the Libanese Marches: Violence and Narrative in an Arab Society* (Berkeley: University of California Press; London: I.B. Taurus, 1996).

<sup>9</sup> Michael Gilson, “On Conflict and Violence”, en *Exotic no More. Anthropology in the Front Lines*, ed. Jeremy MacClancy (Chicago: University of Chicago Press, 2002), 99-113.

violencia y esto puede hacer que la violencia se tome como un hecho cotidiano natural o que adopte la forma disfrazada de la violencia simbólica. Los antropólogos hacen parte de la imagenería estatal y del poder. Pero, dice Gilsenan, tratan de resistirse a esa imagenería y de interpretar la violencia, la guerra y el conflicto en el detalle de cada contexto sociocultural y con su enorme variedad. Luchan para no caer en la pornografía de la violencia que encuentran en sus trabajos de campo. ¿Cómo lo hemos hecho en nuestro contexto particular?

Creo que es sustancial darle la importancia merecida al trabajo de los numerosos antropólogos que han actuado por muchos años como trabajadores de las instituciones estatales, las organizaciones civiles o desde el activismo político, pues han hecho una gran contribución, por lo general silenciosa e ignorada. Han enfrentado y descubierto a los bandos armados y han trabajado a favor de restituir condiciones de vida para la población civil y los perseguidos del conflicto interno. Pero ahora no voy a detenerme en ellos, puesto que ameritan un trabajo propio.

Me detendré en otra forma de encarar nuestro conflicto interno mediante trabajos de investigación en campo realizados desde los años noventa: en vez de tomar una distancia aséptica o ingenua hacia las realidades cruentas y dolorosas del conflicto, las han narrado desde las voces múltiples de las víctimas y han armado un enorme acervo documental, testimonial y analítico, con el cual impactan la conciencia social presente y ofrecen una visión para el futuro. Propongo que cuando se emprende un trabajo deliberado y consciente para elaborar narrativas de la experiencia traumática es posible crear *comunidades emocionales*, que son comunidades políticas. Es decir, se tienden fuertes lazos simbólicos entre actores diversos, distantes en tiempo, espacio y condición social. Se establecen lazos de identidad afectiva que son la fuente de acción política, coyuntural tanto como estratégica, pues en su búsqueda de justicia tejen el sustento de una ética civil de reconocimiento.

Acudo a otro contexto que explora la antropóloga Lynn Stephen<sup>10</sup> para explicar cómo operan las *comunidades emocionales* incentivadas por un trabajo conjunto de comunidades de base, activistas e intelectuales. Se trata del estudio que Stephen hace de las crónicas de la escritora mexicana Elena Poniatowska. En esas crónicas Poniatowska reúne testimonios de tres eventos distantes en el tiempo: el terremoto de la ciudad de México en 1985, la masacre de la plaza de Tlatelolco en 1968 y la desaparición de 43 normalistas en Ayotzinapa en 2014. Los tres eventos están ligados mediante la narración testimonial que recrea Poniatowska y que contiene descripciones de la injusticia, el sufrimiento, la violencia y el uso abusivo del poder en los tres casos; pero también recoge narraciones de empoderamiento, resiliencia, resistencia, y organización colectiva. El vínculo simbólico afectivo que establece la narrativa entre estos tres acontecimientos cobra fuerza social cuando se usa de forma deliberada y reiterada en escenarios públicos. La presentación pública de los testificantes, ofrecidos de viva voz, no sólo establece el lazo simbólico entre los tres eventos. Se convierte en fuente de organización política, que se replica en variados escenarios en México. Las presentaciones buscan impactar la impunidad y la injusticia que une a los tres eventos, pese a lo distantes entre sí. Se forma así una *comunidad emocional estratégica* que aspira a perdurar y pretende impactar la conciencia de los mexicanos y más allá del país mismo.

¿Qué es lo que subyace en este mecanismo? El poder de las narrativas como sustento de las movilizaciones políticas, como bien lo explica Hannah Arendt.<sup>11</sup> Ella afirma que la narración da la posibilidad de pensar el horror, la *shoah* específicamente, pues es gracias a la narración como la historia se vuelve sensible para los sujetos que participan de una acción política (Arendt, 1993, p.203). Atrás dije que el conflicto en Colombia ha tenido el efecto de impactar

---

<sup>10</sup> Lynn Stephen, "Testimony, Social Memory, and Strategic Emotional/Political Communities in Elena Poniatowska's Crónicas", en *Resisting Violence - Emotional Communities in Latin America*, ed. Morna Macleod y Natalia de Marinis (USA and UK: Palgrave MacMillan, 2018), 53-76.

<sup>11</sup> Arendt, Hannah, *La condición humana* (Paidós: Barcelona, 1993), 203.

la manera de hacer antropología al tensionar las lealtades primordiales y cuestionar las prácticas de terreno. Ha sido recurrente por parte de los antropólogos colombianos interesarse en las narrativas de quienes llamamos *víctimas* contribuyendo, con su difusión, a re-significar esta categoría. Esta dejó de designar a dolientes para distinguir a reclamantes activos de democracia y justicia.

Considero que la antropología, al animar la exposición pública de las narrativas de trauma –muy abundantes y si se quiere reiterativas– ha logrado ya un impacto sobre el curso de las acciones posconflicto. Específicamente ha contribuido a la exposición de la verdad como forma de reparación subjetiva y política y apunta a la justicia social, que no es necesariamente jurídica. No me detendré en los muy numerosos trabajos del Centro de Memoria Histórica donde han trabajado antropólogos, abogados, trabajadores sociales y sociólogos, que en el sentido literal del término es la continuidad de la violentología de mediados de los años ochenta. Acudo en este caso a los trabajos de nuestro grupo de investigación en la Universidad Nacional.

Hace un par de años cuando tomé conciencia del “giro narrativo” que habíamos tomado muchos de los estudiosos de la antropología en Colombia, acordamos con los miembros del grupo dedicar el tercer tomo de nuestra serie sobre *Etnografías contemporáneas* a los trabajos con uso intensivo de la narrativa; juntamos quince textos, en su mayoría de estudiantes del posgrado de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia. Como no puedo detenerme en todos ellos, escojo uno para dejar más claro lo que quiero decir sobre las narrativas y la acción social. Angélica Acosta<sup>12</sup> trabajó en el libro el relato de vida de una mujer de los Montes de María, en la costa Caribe, que se hace enfermera en medio del ascenso paramilitar. Esta mujer le cuenta a Angélica el proceso por el cual, poco a poco, se descubrió a sí misma como capaz de denunciar los atropellos que presenció. Paulatinamente cobró fuerzas para

---

<sup>12</sup> Angélica Acosta Táutica, “Yo sabía que ser denunciante me iba a cambiar la vida”, en *Etnografías contemporáneas III. Las narrativas en la investigación antropológica*, ed. Myriam Jimeno, et al. (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2016), 299-326.

dar testimonio ante fiscales y jueces de su región y lo amplificó en actos públicos en los que denunció la violencia sexual contra jóvenes de la zona. Con esa acción llegaron las amenazas para ella y sus hijos, y se vio obligada a abandonar su pueblo. Lejos de la tierra, relata ella, consiguió con su ejemplo como denunciante, animar a varias mujeres a exponer las vejaciones sufridas, lo que le dio piso a los procesos nacionales de condena contra varios jefes paramilitares. Ayudó luego a organizar varias marchas con apoyo de la Red Nacional de Víctimas, y “el ambiente comenzó a cambiar y los organismos internacionales comenzaron a recibir denuncias, lo que sirvió para que el gobierno, a regañadientes, comenzara a tomar acciones” (Acosta, 2016, p.312). Angélica no fue sólo quien recogió el testimonio, sino que vivió varios años en complicidad con la líder, fue quien la animó en sus miedos y a soportar su nueva vida urbana escondida en carros con escolta, y la escuchó en su dolor por dejar atrás hijos y pareja. Angélica tejió junto con la líder el relato que sustentó los juicios. Aquí la historia de vida no es tan solo su recuento personal, sino voces que exigen justicia para una de las peores formas del conflicto.

Para terminar mi argumento, concluyo con el trabajo realizado en el Cauca (suroccidente de Colombia) con Daniel Varela y Ángela Castillo sobre la recomposición social de un grupo de familias después de la masacre cometida en 2001 por paramilitares en el alto río Naya.<sup>13</sup> Trabajamos con ellos durante varios años en los relatos sobre cómo habían experimentado la huída del Naya, la vida durante tres años en campamentos en el pueblo de Santander de Quilichao y, finalmente, la forma en que armaron, desde nada, una nueva comunidad lejos del Naya. Varios años escuchando sus relatos, acompañando las actividades diarias, participando de las asambleas comunitarias, de las conmemoraciones de la masacre y las manifestaciones en Bogotá y en Popayán, nos permitieron la cercanía suficiente para ver una transformación apasionante: lo que al comienzo fue una propuesta hecha por nosotros a la autoridad

---

<sup>13</sup> Myriam Jimeno, Daniel Varela y Ángela Castillo, *Después de la masacre: emociones y política en el Cauca indio* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2015).



indígena y a los maestros para usar una metodología de relatos mediante puestas en escena de los tres momentos de la recomposición, se volvió en manos de ellos un recurso empleado de forma distinta en cada conmemoración durante los siguientes cuatro años. Crearon guiones para las escenas públicas frente a funcionarios, organizaciones indígenas, afrocolombianos y lograron un poderoso lenguaje emocional que envolvía a unos y a otros en un mismo sentimiento de indignación y solidaridad. La narrativa testimonial avanzó frente al Tribunal de Justicia y Paz encargado del caso judicial por la masacre, y alimentó los fallos contra algunos de los perpetradores y para obtener medidas de reparación económica.

La recomposición de este grupo de personas pasó por la arquitectura de una narrativa de los sucesos traumáticos centrada en la categoría de *víctima indígena* con derechos vulnerados. Crearon un relato comprensivo en el que los sucesos del Naya eran apenas un nudo en el hilo de atropellos que se desarrollaron a partir de la conquista de América. Su lucha actual, una más entre las acciones de resistencia emprendidas por la cacica Gaitana en tiempos coloniales, por Quintín Lame a comienzos del siglo veinte y hasta por el dirigente liberal Jorge Eliécer Gaitán en la mitad del siglo veinte. Un gran fresco de luchas y resistencia, atropellos y rebelión.

Nos fue evidente que se movían en escenarios públicos que comprendían los movimientos de víctimas en España, en Bogotá o en Cali, con una narrativa que le daba a la categoría *víctima* un contenido político-afectivo que trascendía, con mucho, una simple categoría burocrática impuesta. Entendimos que la recomposición personal y la acción política de los agrupados en lo que llamaron Kitek Kiwe, implicó la necesaria reconstrucción del vínculo emocional con la sociedad mediante la producción de *comunidades emocionales*. Estas son comunidades de sentido cuyo eje es el relato de injusticia y resistencia y en el que es posible tender un puente entre el dolor como sentimiento subjetivo y el dolor como sentimiento político, compartido de forma pública.

Las emociones, afirmamos, son un lenguaje político, no apenas un sentimiento íntimo; este lenguaje al ser compartido, público, permite comunidades morales sostenidas en la ética del

reconocimiento que alimenta la acción política; las llamamos *comunidades emocionales*. La narrativa construida aspira a sintetizar la magnitud de lo ocurrido y a convertirse en símbolo cultural de los sentimientos de dolor y rabia de miles de colombianos, pero no se quedan allí anclados. Esperan impactar la conciencia social de los colombianos para crear sentimientos morales de repudio y rechazo. Así es como la memoria y el testigo sirven a la justicia y se convierten en formas nuevas de conciencia alimentados por juicios morales con profundas cargas afectivas.

Es posible que obtener justicia, e incluso reparación, sea algo todavía muy parcial en la actualidad colombiana. Pero la afirmación y el vigor de las narrativas del despojo hacen parte de un proceso social progresivo e inédito, en el sentido de la afirmación de la sociedad civil frente al impacto de la violencia de las últimas décadas. Si la proyección simbólica de esa narrativa logra generalización y obtiene que sectores amplios del país se identifiquen con ella, habremos encontrado una forma de compartir y de actuar como sociedad en el marco de la civilidad.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acosta Táutiva, A. 2016. "Yo sabía que ser denunciante me iba a cambiar la vida". En Myriam Jimeno *et al.* (Ed.), *Etnografías contemporáneas III. Las narrativas en la investigación antropológica* (299 -326). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Arendt, H. 1993. *La condición humana*. Barcelona, España: Paidós.
- Gavilán, L. 2012. *Memorias de un soldado desconocido*. Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos IEP.
- Gilsenan, M. 2002. "On Conflict and Violence". En Jeremy MacClancy (Ed.), *Exotic no More. Anthropology in the Front Lines* (99-113). Chicago, EEUU: University of Chicago Press.
- \_\_\_\_\_. 1996. *Lords of the Libanese Marches: Violence and Narrative in an Arab Society*. Berkeley, EEUU / London, Inglaterra: University of California Press, I.B. Taurus.
- Jimeno, M. 2008. "Citizens and Anthropologist". En Deborah Poole (Ed.), *Companion to Latin American Anthropologist* (72-89). London, Inglaterra: Blackwell.

- Jimeno, M., Varela, D. y Castillo, Á. 2015. *Después de la masacre: emociones y política en el Cauca indio*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Marcus, G.E. 1997. "The Uses of Complicity in the Changing Mise-en-Scène of Anthropological Fieldwork Representations". En Sherry B Ortner (Ed.), *Special Issue: The Fate of "Culture": Geertz and Beyond* (85-108). Berkeley, EEUU: University of California Press.
- Stephen, L. 2018. "Testimony, Social Memory, and Strategic Emotional/Political Communities in Elena Poniatowska's Crónicas". En Morna Macleod y Natalia de Marinis (Eds.), *Resisting Violence - Emotional Communities in Latin America* (53-76). USA / UK: Palgrave MacMillan.
- Vásquez, M.E. 1998. *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Cultura.

Fecha de culminación: 19-12-2018 / Fecha de envío: 20-12-2018 /

Fecha de aceptación: 20-01-2019



**MYRIAM JIMENO** es doctora en antropología de la Fundação Universidade de Brasília. Se ha desempeñado como directora del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH). En 1995, junto con su grupo, recibió el Premio Nacional de Ciencias Humanas y Sociales de la Fundación Alejandro Ángel Escobar por el trabajo *Las sombras arbitrarias. Violencia y autoridad en Colombia* (1996). En el año 2006 obtuvo la Mención de Honor en el Premio Iberoamericano del Libro de Latin American Studies Association, LASA, por su libro *Crimen pasional: contribución a una antropología de las emociones* (2004). En el año 2010 recibió la Fellowship to Assist Research de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation para su investigación sobre mecanismos de recomposición social en comunidades étnicas víctimas de eventos violentos. Su producción se puede consultar en numerosos artículos y capítulos de libro disponibles en el blog: <http://www.myriamjimeno.com/>, y en su último libro: *Después de la masacre: emociones y política en el Cauca indio*. En ellos se indaga por las motivaciones, los sentimientos y los esquemas históricos culturales envueltos en experiencias de violencia y sufrimiento, así como por las relaciones interétnicas y la producción de antropología en Colombia.